

Esuoh

Por: Pluma de Cuervo

Dos ojos, dos perspectivas desviadas, sin embargo, nada se ve más alterado que el tiempo, pues desde la perspectiva de un pequeño perro el reloj avanza de forma errática, las horas parecen segundos y el minuterero ya no existe.

Contrastando una tensión que se acerca reptando.

-Esperar... Esperar... Ya pasó mucho tiempo y Luis no ha vuelto.- Pensó un perro llamado Esuoh. Recostado en el suelo del departamento en el que vivía, inmerso en sus pensamientos, deseando escuchar a Luis regresar. Su amo sale a trabajar temprano de lunes a domingo para poder pagar la renta en una zona completamente gentrificada. Y generalmente regresa a las ocho de la noche para alimentar a su perro y sacarlo a pasear. Sin embargo, ya era media noche, y Esuoh miraba hacia distintos puntos del hogar, lugar que se encontraba en el primer piso de un edificio que miraba a la calle. Esperando que algún sonido u olor distintivo le indicara la proximidad de su dueño. No obstante nada ocurría.

Durante el transcurso de la noche, una quietud y silencio avasalladores cubrieron el lugar, un lugar que normalmente recibía los múltiples cláxones de los autos y autobuses de la avenida. Pero hoy nada de eso ocurría; después de unas horas el silencio se volvió asfixiante, donde el temor a la muerte era percibido por el olfato. Era tanta la falta de ruidos que los oídos empezaban a zumbiar, adaptándose al ambiente carente de toda vibración.

Posteriormente las luces del hogar comenzaron a fallar, en conjunción de pronto con los sonidos más atípicos que un ser viviente pudiera escuchar desde las afueras. Tanta quietud solo acentuó la terrible situación que estaba llegando.

Repentinamente unas explosiones en las calles comienzan con tanto retumbe que los dos espejos de la casa caen al suelo quebrándose peligrosamente.

Pese al miedo y la expectación que el pobre animal sentía refugiado dentro del departamento, escondido bajo la cama pudo notar lo que sucedía por medio de las vibrantes e inseguras ventanas.

Las lámparas en las calles reventaban así como los focos del hogar, seguramente por una sobrecarga electro/sónica. El cielo contaminado no dejaba ver luz natural alguna. Entonces fue que se pudo divisar la terrible causa de las explosiones. Unas luces verdosas se elevaban sobre el cielo nocturno como bengalas, hasta hacer explosión secuencialmente, a unos quinientos metros de altitud, no era casualidad. Era como si estas explosiones estuvieran transmitiendo de manera estructurada, una deformada clave sonora para algo inconmensurable. Era incierto de dónde venían salían estas extrañas antorchas electromagnéticas que subían al cielo y provocaban semejantes cacofonías, el pobre canino sentía taquicardias que quizás otro congénere de su especie no habría soportado.

En las calles solo se dilucidaba miedo y confusión, gente aturdida que, hasta ese momento desafortunado, se encontraba camino al trabajo por una trágica casualidad.

Cuando la última bengala verde explotó, se pudo notar que las anteriores bombas previamente lazadas al cielo nocturno comenzaban a expandirse en una especie de nube tóxica que a cada segundo y por sus propiedades físicas, crecía por toda la ciudad homogeneizándose con las nubes. El plan estaba completo. Luego de que aquella nube jade se formara, una lluvia ácida comenzó a caer en toda la ciudad durante unos cuantos segundos. Luego el pesado cúmulo se disolvió en el viento tal como apareció.

Mientras tanto, dentro del departamento el perro Esuoh se encontraba aterrado viendo las gotas jade caer del cielo chocando como granizo por la ventana. El can había encontrado refugio bajo la cama de su amo mientras el terrible paso de las imágenes era asimilado por su doméstica psique animal.

En las afueras solo se podían ver las distantes luces de las ambulancias ensombreciendo aún más el panorama que sus ensordecedoras sirenas que inquietaban en una faena de ida y vuelta por las víctimas de las calles. Luego del Efecto Doppler de los paramédicos perdidos en una ciudad ahora iluminada por incendios provocados, tres balazos atravesaron la pared del lado de la calle. El can aunque ileso no se atrevería a mirar por la ventana de nuevo pues su instinto de conservación le obligó a quedarse bajo la cama.

Sin aviso previo, la calma ahora anhelada, sería interrumpida nuevamente por sórdidos gritos provenientes de afuera, así como también cada vez superando más los gritos del inicio una mezcla de quejidos y aullidos inhumanos que parecían emerger del infierno.

A las pocas horas, el sonido fue disminuyendo, los gritos se alejaban cada vez más, y conforme aparecía la luz madrugal de un nuevo día, el departamento era devuelto a un silencio frío y mortuorio.

Cuando la luz blanca y neblinosa del sol empezó a hacer acto de presencia, el pequeño can con toda la lealtad de un compañero fiel, tomo ese fulgor mañanero como señal de que ya todo estaría bien. Era una caricia esperanzadora que le devolvió el recuerdo de tiempos mejores y que lo llevó con temple a su posición inicial cerca de la puerta para esperar la llegada de Luis, su amigo.

-Tengo hambre.- pensó el pequeño Esuoh. –Quizá fue por comida, o tal vez...- En ese momento de reflexión, el perro escuchó algo diferente. Por primera vez en casi dos días, escuchó pasos subiendo las escaleras, acercándose a la puerta. –¿Será Luis?- Pensó inquisitivo. La manija de la puerta se mueve ruidosa, la nariz húmeda del pequeño can se mueve curiosa, perceptiva, atenta a cualquier cambio en la química del aire. Luego la manija giró. Su rabito empezó a moverse para todos lados como la antena de un auto en movimiento. Entonces, al abrirse la puerta, el can vio a su mejor amigo entrar.

-¡Luis!- El perro giraba alegre sobre si.

¡Por fin mi amo volvió! Podremos ir al parque, y comer, y jugar, y...

Luis, ¿Qué te pasa? No cerraste la puerta.

Estás cojeando de tu pierna izquierda, te vez cansado, estás muy sucio, encorvado.

¿Por qué caminas así?-

El perro apoyó sus patas delanteras en la pierna fuerte de su amigo en señal de aprecio, pero sin fastidiarlo demasiado. Olió la tierra que tenía esparcida y percibió el agrio aroma de la pólvora mezclada con sangre. Luis estaba exhausto, pero al ver a su perro con él le hizo una sonrisa casi imperceptible en señal de agradecimiento. El perro lo notó.

Da un par de pasos con dificultad, luego se recarga de espaldas contra la pared de su sala. No logra llegar a su cama. Lentamente se va sentando el suelo.

Entonces el pequeño can pone su cabeza en el regazo de Luis para ofrecerle algo de calor. El perro escucha taquicardias en el corazón de Luis. El muchacho tiene fiebre. Pasa de estados de nerviosismo a un constante estado letárgico una y otra vez. Como si le aplicaran morfina y adrenalina constantemente.

-¿Por qué no te sientas en tu sillón favorito?- Piensa Esuoh. -Hay vidrios en el suelo, y ya te cortaste los pies, ¿por qué no traes zapatos?- Le dijo a su amo con un brevísimo aullido de angustia. -Tus brazos están llenos de heridas. Lamer* Lamer*.- Como pudo el perrito trató de sanar a su amo.

El Beagle se alegraba de tener a su amigo de vuelta. Poco a poco el perrillo se quedó dormido sobre el quieto regazo de Luis.

-Esperar... Esperar.-

Luego de un rato, un movimiento despertó al canino.

-¿Uh? ¡Luis, despertaste, despertaste! Sabía que te sentirías mejor si descansabas un poco. ¡Y ya te puedes levantar! Ahora podremos ir al parque, y jugar, y comer, y... ¡Espera! Sniff* Sniff*.- El olor en el aire era extraño.

-Pero... Algo está mal.

¡Tú no eres Luis! Aullidos* ¿Qué hiciste con él? ¡Devuélvemelo!-

El sonido de su cuerpo al moverse era anormal.

Crac*... Crac*...

¡¿Quién eres tú?! Grrr... ¡No! ¡No, aléjate! ¡Aléjate! Tú no eres Luis, tú no eres Luis.

Crac*.